



Frank R. Stockton

El Hombre Abeja

E LEJANDRIA



Frank R. Stockton

El Hombre Abeja

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL HOMBRE ABEJA

FRANK R. STOCKTON

PUBLICADO: 1887

FUENTE: EN.WIKISOURCE.ORG

TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA

**EDICIÓN ORIGINAL: C. SCRIBNER'S SONS, NEW YORK,
1923**

EL HOMBRE ABEJA

En el antiguo país de Orn vivía un anciano al que llamaban el Hombre de las Abejas, porque se pasaba todo el tiempo en compañía de las abejas. Vivía en una pequeña cabaña que no era más que una inmensa colmena, pues aquellas criaturillas habían construido sus panales en cada rincón de la única habitación que contenía: en los estantes, bajo la mesita, por todo el tosco banco en el que se sentaba el anciano, e incluso alrededor del cabecero y a lo largo de los costados de su cama baja. Durante todo el día, el aire de la estancia estaba denso de insectos zumbadores, pero esto no molestaba en absoluto al viejo Hombre de las Abejas, que caminaba entre ellas, comía y se dormía sin el menor temor a que le picaran. Llevaba tanto tiempo viviendo con las abejas, se habían acostumbrado tanto a él, y su piel era tan dura y correosa, que a las abejas no se les ocurría picarle, como tampoco se les ocurriría picar a un árbol o a una piedra. Un enjambre de abejas había hecho su colmena en un bolsillo de su viejo jubón de cuero; y cuando se ponía esta prenda para dar uno de sus largos paseos por el bosque en busca de nidos de abejas silvestres, se alegraba mucho de llevar consigo esta colmena, pues, si no encontraba miel silvestre, metía la mano en el bolsillo y sacaba un trozo de panal para almorzar. Las abejas de su bolsillo trabajaban muy industriosamente, y él siempre estaba seguro de tener algo que comer dondequiera que fuese. Vivía principalmente de la miel; y cuando necesitaba pan o carne, llevaba unos hermosos panales a un pueblo no muy lejano y los trocaba por otros alimentos. Era feo, desaliñado, arrugado y moreno. Era pobre, y las abejas parecían ser sus únicos amigos. Pero, a pesar de todo,

era feliz y estaba contento; tenía toda la miel que quería, y sus abejas, a las que consideraba la mejor compañía del mundo, eran tan amigables y sociables como podían serlo, y parecían aumentar en número cada día.

Cierto día, se detuvo en la cabaña del Hombre de las Abejas un Aprendiz de Hechicero. Este joven, que era estudiante de magia, nigromancia y artes afines, estaba muy interesado en el Hombre de las Abejas, a quien había observado con frecuencia en sus andanzas, y lo consideraba un admirable sujeto de estudio. Había adquirido una gran práctica útil al esforzarse por descubrir, mediante las diversas reglas y leyes de la hechicería, por qué exactamente el viejo Hombre de las Abejas no resultaba ser algo que no era, y por qué era lo que resultaba ser. Había estudiado largo tiempo este asunto, y había descubierto algo.

—¿Sabe —dijo, cuando el Hombre de las Abejas salió de su cabaña— que ha sido usted transformado?

—¿Qué quiere decir con eso? —dijo el otro, muy sorprendido.

—Seguramente ha oído hablar de animales y seres humanos que han sido transformados mágicamente en diferentes tipos de criaturas.

—Sí, he oído hablar de esas cosas —dijo el Hombre de las Abejas—; pero ¿de qué fui transformado?

—Eso es más de lo que sé —dijo el Aprendiz de Hechicero—. Pero una cosa es cierta: debería usted ser devuelto a su forma original. Si averigua de qué ha sido transformado, yo me encargaré de que vuelva usted a su estado original. Nada me complacería más que ocuparme de un caso así.

Y, teniendo una gran cantidad de cosas que estudiar e investigar, el Aprendiz de Hechicero siguió su camino.

Esta información turbó enormemente la mente del Hombre de las Abejas. Si había sido transformado de alguna otra cosa, debería ser

esa otra cosa, fuera la que fuese. Corrió tras el joven y le dio alcance.

—Si sabe usted, amable señor —dijo—, que he sido transformado, seguramente podrá decirme qué era yo.

—No —dijo el Aprendiz de Hechicero—, mis estudios no han avanzado lo suficiente para eso. Cuando sea un maestro, podré contárselo todo. Pero, mientras tanto, será bueno que intente descubrir por sí mismo su forma original, y cuando lo haya hecho, conseguiré que algunos de los sabios maestros de mi arte le devuelvan a ella. Será bastante fácil hacerlo, pero no podría esperar que ellos se tomasen el tiempo y la molestia de averiguar cuál era.

Y, con estas palabras, se alejó apresuradamente y pronto se perdió de vista.

Muy inquieto, el Hombre de las Abejas desanduvo sus pasos y regresó a su cabaña. Nunca antes había oído nada que le hubiera preocupado tanto.

«Me pregunto de qué fui transformado», pensó, sentándose en su tosco banco. «¿Pudo haber sido un gigante, o un príncipe poderoso, o algún ser magnífico a quien los magos o las hadas quisieron castigar? Puede que fuera un perro o un caballo, o quizá un dragón de fuego o una horrible serpiente. Espero que no fuera una de estas cosas. Pero, fuera lo que fuese, todo el mundo tiene ciertamente derecho a su forma original, y estoy resuelto a encontrar la mía. Partiré mañana temprano, y ahora lamento no tener más bolsillos en mi viejo jubón, para poder llevar más abejas y más miel para mi viaje».

Pasó el resto del día fabricando una colmena de ramitas y paja y, tras trasladar a ella varios panales y una colonia de abejas que acababa de enjambrar, se levantó antes del amanecer del día siguiente y, habiéndose puesto su jubón de cuero y atado su nueva colmena a la espalda, partió en su búsqueda; las abejas que iban a acompañarle zumbaban a su alrededor como una nube.

Cuando el Hombre de las Abejas atravesó el pequeño pueblo, la gente se maravilló de su extraña apariencia, con la colmena a la espalda. «El Hombre de las Abejas se va a una larga expedición esta vez», decían; pero nadie imaginaba el extraño asunto que le ocupaba. Hacia el mediodía se sentó bajo un árbol, cerca de una hermosa pradera cubierta de flores, y comió un poco de miel. Luego desató su colmena y se tumbó en la hierba para descansar. Mientras contemplaba a sus abejas revoloteando a su alrededor, algunas saliendo hacia las flores bajo el sol, y otras regresando cargadas del dulce polen, se dijo a sí mismo: «Ellas saben exactamente lo que tienen que hacer, y lo hacen; ¡pero ay de mí! No sé lo que yo pueda tener que hacer. Y sin embargo, sea lo que sea, estoy decidido a hacerlo. De un modo u otro, descubriré cuál fue mi forma original, y entonces haré que me devuelvan a ella».

Y ahora le vino el pensamiento de que quizá su forma original podría haber sido algo muy desagradable, o incluso horrible.

—Pero no importa —dijo con firmeza—. Lo que fuera, eso volveré a ser. No es justo que nadie conserve una forma que no le pertenece por derecho. No dudo de que descubriré mi forma original del mismo modo que encuentro los árboles en los que anidan las abejas silvestres. Cuando divisó por primera vez un árbol con abejas, me siento atraído hacia él, no sé cómo. Algo me dice: "Eso es lo que estás buscando". Del mismo modo, creo que encontraré mi forma original. Cuando la vea, me sentiré atraído hacia ella. Algo me dirá: "Eso es".

Cuando el Hombre de las Abejas hubo descansado, partió de nuevo, y en una hora aproximadamente entró en un hermoso dominio. A su alrededor había bellos prados, grandes árboles y encantadores jardines; mientras que a poca distancia se alzaba el majestuoso palacio del Señor del Dominio. Gentes ricamente vestidas paseaban o se sentaban a la sombra de los árboles y cenadores; caballos espléndidamente enjaezados esperaban a sus jinetes; y por todas partes se veían signos de opulencia y alegría.

«Creo —se dijo el Hombre de las Abejas— que me gustaría detenerme aquí un tiempo. Si resultara que yo era originalmente como una de estas felices criaturas, me complacería mucho».

Desató su colmena y la escondió detrás de unos arbustos, y quitándose su viejo jubón, lo dejó a su lado. No convenía que sus abejas volaran a su alrededor si deseaba mezclarse con los habitantes de aquel hermoso dominio.

Durante dos días, el Hombre de las Abejas deambuló por el palacio y sus terrenos, evitando ser visto en la medida de lo posible, pero observándolo todo. Vio a hombres apuestos y a damas encantadoras; los mejores caballos, perros y ganado que jamás se hubieran conocido; hermosos pájaros en jaulas y peces en globos de cristal, y le pareció que allí se reunía lo mejor de todos los seres vivos.

Al final del segundo día, el Hombre de las Abejas se dijo a sí mismo: «Hay un ser aquí hacia el que me siento muy atraído, y es el Señor del Dominio. No puedo estar seguro de que una vez fuera como él, pero sería algo muy bueno si así fuera; y me parece imposible sentirme atraído hacia cualquier otro ser en el dominio cuando le miro a él, tan apuesto, rico y poderoso. Pero debo observarlo más de cerca, y sentirme más seguro del asunto, antes de solicitar a los hechiceros que me devuelvan a mi forma de señor de un hermoso dominio».

A la mañana siguiente, el Hombre de las Abejas vio al Señor del Dominio paseando por sus jardines. Se deslizó por los senderos sombreados y lo siguió para observarlo de cerca y averiguar si realmente se sentía atraído hacia aquel noble y apuesto ser. El Señor del Dominio caminó durante un rato, sin darse cuenta de que el Hombre de las Abejas estaba detrás de él. Pero, volviéndose de repente, vio al ancianito.

—¿Qué haces aquí, vil mendigo? —gritó; y le dio una patada que lo arrojó a unos arbustos que crecían al lado del sendero.

El Hombre de las Abejas se puso en pie a duras penas y corrió tan rápido como pudo hacia el lugar donde había escondido su colmena y su viejo jubón.

«Si de algo estoy seguro —pensó—, es de que nunca fui una persona que patearía a un pobre anciano. Me marcharé de este lugar. No fui transformado de nada de lo que veo aquí».

Viajó ahora durante uno o dos días más, y luego llegó a una gran montaña negra, cerca de cuya base había una abertura como la boca de una cueva.

Había oído que esta montaña estaba llena de cavernas y pasadizos subterráneos, que eran las moradas de dragones, espíritus malignos y criaturas horribles de todo tipo.

—¡Ay de mí! —dijo el Hombre de las Abejas con un suspiro—. Supongo que debería visitar este lugar. Si voy a hacer esto correctamente, debo considerar todos los aspectos del asunto, y puede que yo mismo haya sido una de esas criaturas horribles.

Acto seguido, se dirigió a la montaña, y al acercarse a la abertura del pasadizo que conducía a sus recovecos más íntimos, vio, sentado en el suelo y con la espalda apoyada en un árbol, a un Joven Lánguido.

—Buenos días —dijo este individuo al ver al Hombre de las Abejas—. ¿Va a entrar?

—Sí —dijo el Hombre de las Abejas—, eso es lo que me propongo hacer.

—Entonces —dijo el Joven Lánguido, levantándose lentamente—, creo que iré con usted. Me dijeron que si entraba ahí, mis energías se tonificarían, y lo necesitan mucho; pero no me sentía capaz de entrar solo, y pensé en esperar a que alguien apareciera. Me alegro mucho de verle, y entraremos juntos.

Así que los dos entraron en la cueva, y no habían avanzado mucho cuando se encontraron con una criatura muy pequeña, a la que era fácil reconocer como un Diablillo. Medía unos sesenta centímetros de

alto, y su color se asemejaba al de un par de botas recién lustradas. Era extremadamente vivaz y activo, y se acercó a ellos dando saltos.

—¿Para qué han venido ustedes dos aquí? —preguntó.

—Yo vine —dijo el Joven Lánguideo— para tonificar mis energías.

—Ha venido al lugar adecuado —dijo el Diablillo—. Le tonificaremos. ¿Y qué quiere ese viejo Hombre de las Abejas?

—Ha sido transformado de algo, y quiere averiguar qué es. Cree que pudo haber sido una de las cosas de aquí.

—No me extrañaría que así fuera —dijo el Diablillo, ladeando la cabeza y observando al Hombre de las Abejas con una mirada crítica.

—De acuerdo —dijo el Diablillo—; puede dar una vuelta y escoger su existencia anterior. Aquí tenemos toda clase de viles reptiles, seres que se arrastran, sisean y resoplan. Supongo que piensa que cualquier cosa será mejor que ser un Hombre de las Abejas.

—No es porque quiera ser mejor de lo que soy por lo que he emprendido esta búsqueda —dijo el Hombre de las Abejas—. Simplemente tengo el honesto deseo de volver a ser lo que era originalmente.

—¡Ah! ¿Así que es eso? —dijo el otro—. Hay aquí un zopenco idiota con cabeza de almeja que debe de ser justo como usted solía ser.

—Tonterías —dijo el Hombre de las Abejas—. No tiene usted la menor idea de lo que es un propósito honesto. Daré una vuelta y veré por mí mismo.

—Adelante —dijo el Diablillo—, y yo me ocuparé de este tipo que quiere ser tonificado. —Y diciendo esto, se unió al Joven Lánguideo.

—Oiga —dijo este último, mirándolo con interés—, ¿se embetuna y se saca brillo todas las mañanas?

—No —dijo el otro—, es barniz impermeable. Quiere usted que le revigoricen, ¿verdad? Bien, le diré una forma espléndida de empezar.

Vea que ese Hombre de las Abejas ha dejado su colmena y su abrigo con las abejas dentro. Espere a que se pierda de vista, y entonces atrape un montón de esas abejas y aplástelas. Si las extiende sobre un trapo pegajoso, hace un emplasto y se lo pone en la rabadilla, le vigorizará como nada, especialmente si algunas de las abejas no están del todo muertas.

—Sí —dijo el Joven Lánguideo, mirándolo con sus ojos apacibles—, pero si tuviera la energía suficiente para atrapar una abeja, estaría satisfecho. ¿Qué tal si atrapa usted un montón para mí?

—Cambiemos de tema —dijo el Diablillo—. Estamos a punto de visitar la espaciosa cámara del Rey de las Bocas de Dragón.

—Eso es una flor —dijo el Joven Lánguideo.

—Verá que es un capullo de lo más alegre —dijo el otro—. Cuando le haya perseguido por su habitación, y le haya soplado chispas, y haya resoplado y aullado, y haya restallado su cola, y haya chasqueado sus mandíbulas como un par de yunques, sus energías estarán más tonificadas que nunca en su vida.

—No me cabe duda —dijo el Joven Lánguideo—; pero creo que empezaré con algo un poco más suave.

—Bueno, entonces —dijo el otro—, aquí hay un Demonio de la Garganta de cola plana. Generalmente está dormido y, si usted quiere, puede deslizarse hasta el rincón más alejado de su cueva, y yo le soldaré la cola a la pared opuesta. Entonces se enfurecerá y rugirá, pero no podrá alcanzarle, porque no llega a cruzar toda su cueva; lo he medido. Le tonificará maravillosamente sentarse allí y observarlo.

—Muy probablemente —dijo el Joven Lánguideo—; pero preferiría quedarme fuera y dejar que usted se meta en el rincón. La función, de esa manera, será más interesante para mí.

—Es usted terriblemente difícil de complacer —dijo el Diablillo—. Se los he ofrecido sueltos, y se los he ofrecido sujetos a una pared, y ahora lo mejor que puedo hacer es darle la oportunidad con uno

que no se puede mover en absoluto. Es el Grifo Espectral y está encantado. No puede mover ni la punta de sus bigotes durante mil años. Puede ir a su cueva y examinarlo como si estuviera disecado, y luego puede sentarse en su espalda y pensar cómo sería si viviera usted mil años y él se despertara mientras está sentado allí. Sería fácil imaginar un montón de cosas horribles que le haría al ver su boca abierta con sus espantosos colmillos, sus garras terribles y sus alas horribles cubiertas de púas.

—Creo que eso podría convenirme —dijo el Joven Lánguido—. Preferiría mucho más imaginar los ejercicios de estos monstruos que verlos suceder de verdad.

—Vamos, entonces —dijo el Diablillo, y lo guio hacia la cueva del Grifo Espectral.

El Hombre de las Abejas recorrió por su cuenta gran parte de la montaña y se asomó a muchas de sus sombrías cuevas y recovecos, retrocediendo con horror ante la mayoría de los espantosos monstruos que se encontraron sus ojos. Mientras deambulaba, se oyó un rugido terrible que resonó por los pasadizos de la montaña, y pronto apareció batiendo las alas un enorme dragón, con el cuerpo negro como la noche y las alas y la cola de un rojo fuego. En sus grandes garras delanteras llevaba un bebé.

—¡Horrible! —exclamó el Hombre de las Abejas—. ¡Lleva a esa criaturita a su cueva para devorarla!

Vio al dragón entrar en una cueva no muy lejana, lo siguió y miró dentro. El dragón estaba agazapado en el suelo con el bebé tendido ante él. No parecía herido, pero estaba asustado y lloraba. El monstruo lo contemplaba con deleite, como si tuviera la intención de darse un delicado festín con él tan pronto como su apetito fuera un poco más fuerte.

«¡Es una lástima! —pensó el Hombre de las Abejas—. Alguien debería hacer algo». Y dándose la vuelta, huyó tan rápido como pudo.

Corrió por varios pasadizos hasta que llegó al lugar donde había dejado su colmena. Recogiéndola, se apresuró a volver, llevando la colmena con ambas manos frente a él. Cuando llegó a la cueva del dragón, miró dentro y vio al monstruo todavía agazapado sobre el niño que lloraba. Sin un instante de vacilación, el Hombre de las Abejas se precipitó en la cueva y arrojó su colmena directamente a la cara del dragón. Las abejas, enfurecidas por el golpe, salieron en una multitud furiosa e inmediatamente cayeron sobre la cabeza, la boca, los ojos y la nariz del dragón. El gran monstruo, asombrado por este repentino ataque, y casi enloquecido por las innumerables picaduras de las abejas, saltó hacia la parte más alejada de su cueva, seguido aún por sus implacables enemigos, a los que golpeaba salvajemente con sus grandes alas y zarpas. Mientras el dragón estaba así ocupado con las abejas, el Hombre de las Abejas se abalanzó hacia adelante y, agarrando al niño, se alejó a toda prisa. No se detuvo a recoger su jubón, sino que siguió hasta llegar a la entrada de las cuevas. Allí vio al Diablillo saltando a la pata coja y frotándose la espalda y los hombros con las manos, y se detuvo para preguntar qué pasaba y qué había sido del Joven Lánguideo.

—No es un tipo de fiar —dijo el Diablillo—. Me ha decepcionado terriblemente. Lo llevé ante el Grifo Espectral, le dije que la cosa estaba encantada y que podía sentarse en su espalda y pensar en lo que podría hacer si estuviera despierto; y cuando se acercó, la desdichada criatura abrió los ojos y levantó la cabeza, y entonces debería haber visto cuán furioso se puso ese simplón. Se abalanzó sobre mí y me agarró por las orejas; me pateó y me golpeó hasta que apenas puedo moverme.

—Sus energías deben de haberse tonificado bastante —dijo el Hombre de las Abejas.

—¡Tonificado! ¡Ya lo creo! —gritó el otro—. Lancé un aullido, y un Cortador de Mandíbulas de Tijera salió de su agujero y fue tras él; pero ese holgazán corrió tan rápido que no pudo ser atrapado.

El Hombre de las Abejas corrió entonces y pronto alcanzó al Joven Lánguideo.

—No necesita darse prisa ahora —dijo este último—, pues las reglas de esta institución no permiten que las criaturas de dentro salgan por esta abertura, ni que merodeen por ella. Si lo hicieran, asustarían a los visitantes. Entran y salen por agujeros en la parte alta de la montaña.

Los dos prosiguieron su camino.

—¿Qué va a hacer con ese bebé? —dijo el Joven Lánguido.

—Lo llevaré conmigo —dijo el Hombre de las Abejas—, mientras continúo mi búsqueda, y quizá encuentre a su madre. Si no, se lo daré a alguien en ese pueblecito de allá. Cualquier cosa sería mejor que dejarlo para que lo devore ese horrible dragón.

—Déjeme llevarlo. Me siento lo bastante fuerte ahora para llevar un bebé.

—Gracias —dijo el Hombre de las Abejas—, pero puedo llevarlo yo mismo. Me gusta llevar algo, y ahora no tengo ni mi colmena ni mi jubón.

—Está muy bien que haya tenido que dejarlos atrás —dijo el Joven—, pues las abejas habrían picado al bebé.

—Mis abejas nunca pican a los bebés —dijo el otro.

—Probablemente nunca tuvieron la oportunidad —comentó su compañero.

Pronto entraron en el pueblo, y después de caminar una corta distancia, el joven exclamó:

—¿Ve a esa mujer de allí sentada a la puerta de su casa? Tiene un pelo precioso y se lo está arrancando a pedazos. No se le debería permitir hacer eso.

—No —dijo el Hombre de las Abejas—. Sus amigos deberían atarle las manos.

—Quizá sea la madre de este niño —dijo el Joven—, y si se lo da, ya no pensará en arrancarse el pelo.

—Pero —dijo el Hombre de las Abejas—, ¿de verdad cree que este es su hijo?

—¿Por qué no va a ver? —dijo el otro.

El Hombre de las Abejas vaciló un momento, y luego caminó hacia la mujer. Al oírle llegar, ella levantó la cabeza, y cuando vio al niño corrió hacia él, lo arrebató en sus brazos y, gritando de alegría, lo cubrió de besos. Luego, con lágrimas de felicidad, le rogó que le contara la historia del rescate de su hijo, a quien nunca esperó volver a ver; y colmó al Hombre de las Abejas de agradecimientos y bendiciones. Los amigos y vecinos se reunieron y hubo un gran regocijo. La madre instó al Hombre de las Abejas y al Joven a quedarse con ella, y a descansar y reponer fuerzas, lo cual aceptaron de buen grado, pues estaban cansados y hambrientos.

Permanecieron en la casita toda la noche, y en la tarde del día siguiente, el Hombre de las Abejas dijo al Joven:

—Puede que le parezca extraño, pero en toda mi vida nunca me he sentido tan atraído hacia ningún ser vivo como me siento atraído hacia este bebé. Por lo tanto, creo que he sido transformado de un bebé.

—¡Bien! —exclamó el Joven—. Opino que ha dado usted en el clavo. Y ahora, ¿le gustaría ser devuelto a su forma original?

—¡Claro que sí! —dijo el Hombre de las Abejas—. Siento el más fuerte anhelo de ser lo que era originalmente.

El Joven, que ya había perdido todo rastro de sentimiento lánguido, se interesó mucho por el asunto, y a la mañana siguiente partió temprano para informar al Aprendiz de Hechicero de que el Hombre de las Abejas había descubierto de qué había sido transformado y deseaba que se le devolviera a su forma original.

El Aprendiz de Hechicero y sus sabios Maestros se llenaron de entusiasmo cuando oyeron este informe, y partieron de inmediato hacia la casa de la madre. Y allí, mediante artes mágicas, el Hombre de las Abejas fue transformado de nuevo en un bebé. La madre

estaba tan agradecida por lo que el Hombre de las Abejas había hecho por ella, que accedió a hacerse cargo de este bebé y a criarlo como si fuera suyo.

—Será algo grandioso para él —dijo el Aprendiz de Hechicero—, y me alegro de haber estudiado su caso. Ahora tendrá un nuevo comienzo en la vida, y tendrá la oportunidad de llegar a ser algo mejor que un miserable anciano que vive en una choza miserable sin más amigos ni compañeros que las abejas zumbadoras.

El Aprendiz de Hechicero y sus Maestros regresaron entonces a sus hogares, felices por el éxito de su gran hazaña; y el Joven volvió a su casa, ansioso por comenzar una vida de actividad y energía.

Años y años después, cuando el Aprendiz de Hechicero se había convertido en un Maestro y era ya muy anciano, pasó por el país de Orn y observó una pequeña cabaña alrededor de la cual volaban enjambres de abejas. Se acercó y, al mirar por la puerta, vio a un anciano con un jubón de cuero, sentado a una mesa, comiendo miel. Por su arte mágico supo que aquel era el bebé que había sido transformado del Hombre de las Abejas.

—¡Palabra! —exclamó el Hechicero—. ¡Se ha convertido otra vez en lo mismo!

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB